



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.]

MINGO REVULGO
El círculo vicioso.

FÉLIX RECIO
Epigramas.

UN PEQUEÑO REPORTER
De la semana picaresca.

ENRIQUE REYO
El artículo 322.

LUIS OSSA
El pan de cada día...

CEFERINO R. AVECILLA
La moral de una gorra de dormir.

FERNANDO AMADO
La gallina vieja.

CLEMENTE DE CASTRO
Inocencia.

FERNANDO MORA
Cantares.

JULIO MATA
La verdad desnuda.

**ÓVAR, MANCHÓN, DEMETRIO,
ALFONSO Y ENRIQUE**

Caricaturas y retratos de Amalia Molina,
«La Preciosilla» y otros dibujos.



AMALIA MOLINA

La cupletista más española y la más artista,
que está renovando sus laureles en Madrid,
en el Trianon-Palace.

5 cénts.



EN EL BAR

EL ETERNO CHULO

—Sindulfo, ¡que te la ganas!—¿Lo dices por servidor?—No me tientes la paciencia; no me la tientes, que no consigues más qu'enrirtarme pa ná.—Escucha, Encarnación. Ya sabes que tú y tus padres seis tres.—Vosotros, seis dos.—¡A ver si estamos ahora dominando al dominó!—Deja las fichas.—Las fichas las dan en el mostrao.—Per'eso de que te ganes de propinas una ú dos beatas y que yo tenga que hacer el tolili, no me resultará.—Porque tú eres un chulo ú sía un «macarrón», que dicen los catalanes.

—¡No me calientes!—¿Quién, yo?—¿Por quién vién aquí los hombres, si no es por un servidor?—Serás su tipo quizaque.—Demasiao sabes que soy un tfo con toá la barba.—Puéa afeitártela.—No s'abren las peluquerías en domingo, Encarnación, tal que si fuesen almejas.—Las podías tú abrir por virtud de tus ratiماغos, ú sía, por la persuasión. Pa eso tiés un pico de oro y una lengüita, que no te se pué resistir nadie. ¡Te digo qu'eres atroz pa convencer á cualquiera!—Pué que no convezca á tós de que contigo se pierde la vergüenza.

—Has el favor de no hablarme d'esa forma ni tratarm' así.—Perdón.—Pero, en fin, ¿qué es lo que buscas?—Ná; que nesecito dos pesetas pa un compromiso.—¡No eres tú nadie, gachó, comprometiéndotel!—Creo qu'hay derecho, Encarnación, p'alternar con los amigos.—Hombre, no digo que no; pero eso de que te ajuntes ná más que con el gorrón Evaristo y con el golfó d'Angel, no creo que nos traiga cuenta.—Yo m'entiendo.—Pero no t'entiendo yo, qu'es lo prencipal.—Segundo.—Tercero: que no te doy ni dos beatas ni dos perras partidas por medio. Los que quián disfrutar del mundo, ¡que lo ganen!—¿Es que soy yo d'esos?—No; de los otros.

—¿De cuáles?—Pues un vivior de mala

sombra. Mi padre no tié ahora colocación y mi vieja está en la cama dend'anteanoche con los dolores.—¿A los cincuenta? Me parece á mí, Encarnación, qu'estás abusando un poco de mi pelo.—Lo qu'estoy es harta ya de que vivas á costa de mi sudor, y qu'entre tú y tus amigos m'hagáis la cusca.—¿De mó que no me das las dos pelás?—T'he dicho que no te doy ni dos perras chicas.—¿Güeno; pues miá si soy previsor del porvenir, qu'ayer noche t'he cogío tu mantón y está en el Monte.

—Sindulfo: com'haigas hecho eso con' mí borreguito, prepárate pa ir á la Comi.—¿Quién, yo? ¿Pero no ves, alma mía, qu'está á tu nombre el mantón y que lo ha empeñado tu padre, pa partir entre los dos las seis beatas que nos dieron al hacer la operación de crédito?—¿Y entoavía tiés, so charrán, el valor de querer que t'apoqueine dos pelás encima? ¡Dos tiros te descerrajaba, por golfol—Quita el pistón.

—¿Pero qu'has estas cosas conmigo, mientras que yo me repudro aquí la sangre ganándolo pa los dos?—No yores, mujer, no yores; que te sacaré el mantón pa el invierno.—Sí; eso dices.—Y lo haré... Güeno; este bok no lo pago.—Como quieras. Afortunadamente, hoy yevo ganaos trece reales de propinas.—¡Anda Dios! ¿Y aún me niegas las dos beatas que te pido? Encarnación: ni tú m'has querido nunca ni t'haces cargo qu'estoy sin trabajar hace un año justamente, porque no me sale.—¿Que no te sale trabajo? ¿Y qué? ¿Pá qu'estoy yo aquí, sino pa servirte?—Gracias.—De ná. Ten las dos pelás; ¡pero no te vayas por ahí con mujeres!

¿Yo?... Pá mí n'hay nadie en el mundo, ná más que mi Encarnación.—¡Cómo me engatusas siempre, ladronazol!—Porque soy el hombre que t'ha querido; pero de chipén... ¡Con Dios!—No te marches aún. Aguarda que te convide á otro bok.

Por los interlocutores,

Carlos Miranda.

EL CÍRCULO VICIOSO

POSEÍA don Bartolomé todo lo necesario para ser feliz.

Estaba casado con Parita, una preciosa criatura que reunía todos los encantos de sus veinte años. Era, además, don Bartolomé, rico, inmensamente rico; gozaba de buena salud y hasta poseía un acta de diputado por un distrito extremeño.

▶ Notoriedad y fama, habíalas adquirido don Bartolomé á costa de su dinero; claro está que su fama de hombre público era todo lo relativa que puede ser la fama de un diputado de la mayoría y extremeño por añadidura; pero era lo suficiente para satisfacer su vanidad, pues ya se habían ocupado de él los periódicos en sus extractos de las sesiones de Cortes, en esta ó parecida forma:

«El señor PÉREZ y PÉREZ (Don Bartolomé), formula un ruego de interés local».

Todo esto, — además de la consideración del jefe del partido, un pisito lujoso en el centro de Madrid y una casa solariega en el corazón de la provincia de Cáceres, — poseía don Bartolomé.

Y, sin embargo, el señor Pérez y Pérez no era feliz... ¿Por qué?... Dos razones tenía para no serlo; sus cincuenta y tres años cumplidos... y las tenaces negativas de la Estévez, que por nada del mundo le otorgaba sus favores.

II

¶ Pepita Estévez era, á la sazón, la triple mi-mada del público madrileño.

Don Bartolomé entraba diariamente en el camerino de Pepita, provisto (el Sr. Pérez, claro está) de un descomunal ramo de flores dentro del cual iba siempre este billetito co-

quetón: «¿Quiere usted hacerme el honor de aceptar esta modesta alhaja? (Una presea que acompañaba al billete). ¿Cuándo podrá hablar á usted de cerca y sin testigos?»

Y don Bartolomé salía del escenario, entraba en su palco y, al cuarto de hora, recibía de manos del acomodador este billete:



—Hijo, anoche estaba tan desvelada que me tiré al colete casi todos los libros que me trajiste.

—¿Hasta el de Felipe Trigo?

—No; pero me lo tiraré esta noche.

«Hago á usted el honor de aceptar la alhaja. De lo demás... espere... Más adelante ¿quién sabe?»

Y así un día y otro... Y un mes y otro mes... ¡Don Bartolomé contaba por legislaturas los desdenes de Pepita Estévez!

Un día, ¡día feliz!, nuestro diputado extremeño leyó en el cotidiano billete: «Acepto la alhaja y... ¡llegó la hora! Espéreme en un coche, dentro de ocho días, á la salida del teatro. Entretanto, sea usted discreto».

Al Sr. Pérez y Pérez le dió un vuelco el

corazón. Inquieto, nervioso, radiante de júbilo, esperó la salida á escena de la Estévez y la saludó con una lluvia de flores y palomas...

Pero de repente don Bartolomé palideció. Sus cejas se contrajeron, se arrugó su frente y sus labios dibujaron un trágico mohín, Y, al mutis de Pepita, el Sr. Pérez y Pérez consultó su reloj, se puso el gabán y salió á la calle, hasta su coche, donde se embutió de un salto, diciendo al lacayo:

—¡Volandol... ¡Al Club!...

III

En el ascensor, preguntó á un portero:

—¿Ha llegado el doctor Santiamén?

—Hace un momento, señor.

—Pues arriba.

Y el Sr. Pérez, en una de las salas, encontró al doctor.

—Santiamén, en os minutos—dijo jadeante.



—¡Conque se ha tomado usted una cena que importa seis pesetas y ahora resulta que no la paga?

—Es que no tengo ni un céntimo...

—Pues á devolverla en seguida!

—Pero ¿qué le ocurre, don Bartolomé?

—Una cosa horrible.

—Y es...

—Que un a mujer preciosa me ha dicho que sí.

—¡Hombre!... ¿Y esa es la cosa horrible?...

—Sí, doctor, sí. Usted me conoce desde muchos años; usted es nuestro médico de siempre, nuestro amigo de siempre, nuestro amigo de toda la vida...

—Sí, hombre, sí.

—Pues bien; yo necesito que me ayude usted.

—¿Con la conquista?

—No sea usted bromista, doctor. Lo que voy á decirle es muy serio.

—Veamos, pues.

—Santiamén... Purita, mi mujer, tiene veinte años; yo he cumplido cincuenta y tres...; pues bien, en los tres años que llevamos casados... ¡no ha pasado un solo día sin que yo haya cubierto todos mis deberes conyugales!

—¿Todos?...

—¡Todos!

—¿Qué me cuenta usted!

—La verdad. Toda la verdad.

—¿Entonces?

—Aquí entra la ayuda de usted. Dentro de ocho días, esa mujer será mía... La aventura durará quince, veinte días, un mes á lo sumo... Con ella es preciso «rayar á gran altura»... Pero ¿qué hago yo, durante ese mes, con mi conquista y con mi mujer?

—Yo creo que con ambas debe usted haer lo mismo.

—¡Ayl... ¡No puedo!... Por eso quiero que usted vea á mi esposa, que la haga creer que está enferma, que la meta usted miedo... y que, como médico, la aconseje que me deje tranquilo por un mes.

—Dificilísimá es la misión... pero, por usted, lo hago todo.

—¡Oh!... Mil gracias, doctor, y hasta mañana.

IV

—Buenos días, Purita.

—¿Usted por aquí, doctor?

—Sí. He venido á ver á su esposo por un asunto político. Pero...

—Doctor, ¿por qué me mira usted tan fijamente?

—Está usted pálida, Purita. Su mirada es inquieta, apagada, triste...

—Pues me encuentro muy bien.

—Aparentemente, no lo dudo.

¿A ver el pulso?... Alterado, débil... ¿A ver la lengua?... ¡Oh!... ¡Lo que yo decía!...

—Pero ¿qué es, doctor?; me pone usted en cuidado.

—Nada, nada; es preciso que yo vea á su esposo... La salud de usted exige la separación de cónyuges por un mes.

—Doctor, no se vaya... Siéntese un poco...

—Usted dirá.

—Doctor, usted es muy bueno... Un médico es un confesor... Yo voy á confesarme

con usted. No siento por mi esposo esa... abstención que usted me indica... Pero yo, ¿sabe usted?, tengo un primo...

—¡Caracoles!

—Arturito... el teniente...

—Sí; le conozco; es socio del Club.

—Nos amamos con frenesí... con pasión loca... y ese mes... la verdad... se nos va á hacer muy largo... Si usted le convenciera á él...

—¡Señora!!

—Doctor, usted es muy bueno; usted es nuestro amigo... Acceda usted... Convenza á Arturito y yo le prometo que, durante ese mes, sólo me cuidaré de mi salud...

V

—¡Hola, Arturito!

—¡Querido doctor!

—Arturito, usted está muy malo.

—¿Qué dice usted!

—La verdad. Usted está grave... Usted abusa... Sé yo de cierta casadita que acabará con usted si no reposa durante un mes.

—¡Chts!... ¡Más bajo, por Dios!... ¿Usted cree que, en efecto, estoy malo?

—Muy malo, Arturito. Sin ese reposo que le digo es usted hombre al agua. Su prima...

—Pero si mi prima es lo de menos... Lo de más es la otra...

—¿La otra?...

—Sí, la otra, la artista, la que verdaderamente me trae loco... Doctor... Si usted pudiera conocerla... Usted es el médico del teatro. (Y Arturito deslizó un nombre al oído del doctor.)

VI

—Pero, doctor, ¿qué me dice usted?

—Ni más ni menos. Si durante un mes no sigue mis indicaciones, dé usted por perdidas las facultades.

—Está bien, doctor, le obedeceré.

VII

Habían transcurrido los ocho días, Don Bartolomé, radiante como nunca, estaba en su palco de siempre, haciéndosele siglos los minutos.

Había mandado á la Estévez un descomunal ramo de flores, dentro del cual iban unas valiosas orlas de brillantes.

Iba á terminar la función; disponíase el señor Pérez y Pérez á saborear su felicidad cuando se abrió la puerta del palco, entró el

acomodador, y nuestro diputado leyó, estupefacto, una cartita que decía:

«No hay nada de lo dicho. El doctor Santiamén me ha recomendado un mes de abstención.»

Mingo Revulgo.



—¿Por qué eres tan bárbaro, que siempre que se ordena cargar á la derecha tú lo haces á la izquierda?

—E la costumbre dende chavea, mi tiente.

EPIGRAMAS

Que enfermó Ginés un día del pecho, muchos pensaban, pues si algo le preguntaban,

—Me canso... —siempre decía.

Lo oyó su esposa, y al tonto dijo al fin, con gran dolor:

—Lo que siente más mi amor es que te canses tan pronto.

Contándome de Andueza que la noche que se unió á su esposa, la tiró una silla á la cabeza,

pregunté: —¿Logró ya Elvira conducirle á buen camino? —

Y me contestó un vecino:

—Cada noche se la tira.

Félix Recio.

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

EL VIGOR DE LA RAZA

INDIGNADOS andan estos días contra la Prensa moralistas y sociólogos á la violeta, arremetiendo contra la pícaro Prensa que da constante y estrepitosa preferencia informativa á dos elementos que, según ellos, son causa de nuestra evidente degeneración: los toreros y las artistas



- ¿A qué dices que te dedicas ahora?
 —A masajista..
 —Te debe ir muy bien, porque has prosperado mucho.
 —Pues todo me lo gano con las manos.

de varietés. Protesto contra esas protestas.

No voy á entonar un himno al torero, ni pienso cantar trovas en honor de las señoritas que mueven lo suyo y animan lo ajeno

en los tablados de los cinematógrafos; pero si digo que quitándonos esos dos elementos, el lidiador de toros y la bailaora del garrotín, nos han dejado sin las dos notas características, netamente de casa. Y como esto es así, quieran ó no esos graves señores, la pícaro Prensa hace pero que muy requetebién en cultivarlo con todo cuidado y preferencia.

Discutiendo andan millares y millares de españoles si Vicente Pastor la mete derecha y si Gallito la cuela torcida; si Bienvenida recibe y si Gaona aguantá, y en cambio á nadie, menos á los interesados y hasta un centenar de adláteres, les importa menos que un comino si Barroso se va ó se queda, y si Sánchez Guerra devuelve la píldora á Gasset ó se la traga sin escupirla.

Que nos interesa más la Chelito que Canalejas, naturalmente, como que así lo aconseja la lógica exteriorización de la vida. La Chelito nos la alegra, nos la excita y nos la alarga, y Canalejas, en cambio, nos la entristece, nos la desluce y nos la acorta. La elección no es, pues, dudosa.

Consulten esos filósofos de pan llevar la opinión ajena y... aun la propia, si se despojan de la hipocresía, y ella les dirá si prefieren un discurso de Moret á tres molinetes íntimos de la Conejito loco, pongamos por especialista en targonomanía. Las evoluciones político-económicas de Navarro Reverter no alborotarán á nadie, y en cambio las evoluciones pectoro-abdominales que en sus danzas griegas del Teatro Romea ofrece la Ricadora alborotan y enardecen hasta los troles de los tranvías del Pacífico á Noviciado que pasan por la calle de Carretas,

Que un periódico ilustrado publique una información gráfica de Urzáiz sacándose la raya al hacerse la toilette, Allendesalazar dándose masaje en la región lumbar, ó de Aguilera poniéndose los tirantes de los pantalones, y no se venderían media docena de ejemplares; pero ya verán ustedes bofetadas por adquirirlos, si le ofrecen al respetable público instantáneas de la Manón saliendo del baño, la Lulú vistiéndose el mailot, ó la Fornarina desvistiéndose el idem, y así sucesivamente.

Una entrevisté con el ayuda de cámara de Arias de Miranda, por ejemplo, acerca de cómo torca su excelencia y si tiene la costumbre de rascarse entre doce y una de la madrugada, no nos daría ni frío ni calor.

pero una entrevista con la doncella de Julita Fons, á propósito de si á su linda dueña le gusta dormir boca arriba ó de costado, la devoraríamos sin perder un renglón, desde

fila y con una lente de hacer análisis microbianos, y con un interés loco preguntando á todo el mundo desde el primer violín al representante de la empresa: «¿dónde vive esa desgraciada?»

A un político se le ocurre ir á un meeting y decir: «Voy á tirar del velo y mostrar á ustedes la verdad desnuda, y no pasa nada; pero que se anuncie en cualquiera de nuestros templos del género alegre que la bella Kiki va á repetir sus mismas palabras y verán ustedes, no la que se arma, sino todas las que se arman,

¿El por qué de estas preferencias? Que lo averigüe el moro Muza, ó si les parece mejor, *El duende de la Colegiata*, que no me parió mi madre para filósofo, sino para modesto observador, y gracias.

Pero creo que nosotros, y no ellos, somos los que estamos en lo firme; que exteriorizando afición á los toros y rindiendo culto á la belleza femenina, llámese danza viva ó llámese tonadillera (como ahora hemos quedado en que se llaman ambas), es como mejor demostramos el vigor y la potencialidad de la raza.

Lo demás, es aflojarla. Y eso, ¡jamás!

Un pequeño reporter.



— ¿Se puede ver ese cuarto desalquilado?

— Sí; pero subiré con ustedes, porque cuando viene una pareja á verlo taida mucho en bajar.

— ¡Ay, portera! Nosotros terminamos en seguida.

un servidor de ustedes hasta el propio don Dalmacio.

Porque han de saber ustedes que este don Dalmacio, que tanto nos deleita con sus discursos contra lo que él llama inmoralidad ambiente, es un libidinoso de siete suelas, á quien se saben de memoria todos los acomodadores de escenario de los cines de Madrid y Barcelona como especialista en pelliculas retorcidas á bailarinas y cupletistas. Por cierto que un día, como anda mal de la vista, se equivocó en el parcheo y estuvo á punto de fallecer entre las nervudas garras de un ventrílocuo de Badalona, justamente ofendido en su dignidad y horriblemente molestado por un cardenal en la n-lga izquierda. Y no hablemos de don Amós el hacendista, que no pierde debut, en primera



— No presumas, nincha, que somos del gremio; yo me dedico al picao y tú; ¡agarras á los puros,

EL ARTÍCULO 322

Día de júbilo y de efusiones fué aquel día para las damas y damiselas residentes en la ciudad de Acalpuca, pequeño puerto de Méjico.

Y, en verdad, que bien fundados eran los motivos de su alegría. La oficialidad del acorazado *Proserpina*, surto

y burguesa. A no ser por la relativa importancia de su puerto, pienso yo que aquellas buenas gentes que la pueblan habían de vivir y morir sin que nadie en el resto del planeta tuviera la más remota noticia de tales vidas ó de tales muertes.

Claro está que, pese á su insignificancia, habla en aquella urbe, cual si populosa fuera, las tres clases sociales características de nuestra pobre humanidad: aristocracia arriba, pueblo paciente abajo y clase media emparedada entre ambas, esa clase media que tiene un pie en la nobleza y otro en la democracia, y que, sin duda, por sustentarse en tan desniveladas bases, se pasa la existencia claudicando bizarramente y haciendo piruetas, á veces ridículas y á veces trágicas.

Marineros y pescadores de los de andares desaliñados y pipa requemada y pestifera, representaban allí — ayudados de tal cual hampón medio bohemio y medio bandido — las más bajas capas sociales, y compendian las más elevadas y aristocráticas cuatro ó cinco familias de ricos comerciantes de finchada presencia é historia nebulosa; el alcalde, hombre de malas pulgas y procedimientos rauciales; los jefes superiores de la escasa guarnición y algunos magistrados de la Audiencia. Un peldaño más abajo de tan alcorniada reunión estaban los burócratas y los tenderos, de reluciente calva, aire afable y abultado abdomen, en su inmensa mayoría, y casados, casi todos también, con rollizas señoras un poco ridículas y un mucho cizañeras, que, *sin embargo*, supieron dar á sus esposos la gentil descendencia de algún varón, entonces ya gallardo, calavera y un poco «sportman», y la de tal cual hembra que cuando llegaba á la edad del posible casorio, era espigada, un poco romántica, un poco histérica y un poco — nada más! — novia de algún teniente ó algún estudiante.

Y con decirnos que el resto de los pobladores de Acalpuca lo componían modistas y modistillas, horteras, mozos del partido y pequeños industriales, tendréis una ligera orientación respecto de la ciudad mejicana.

¿SERÁ VERDAD? PORQUE DECÍAN...



—¡Chiquilla, qué bragado vuelve el Bomba! Se arriña mucho y la cuelea toda.

—Pues para mí no es ninguna novedad esa.

en aquellas aguas, había tenido la feliz ocurrencia de organizar un baile á bordo. La fiesta se celebraba aquella noche y á ella estaban invitadas todas las indígenas y forasteras de la buena sociedad acalpuquense.

Acalpuca es una pequeña ciudad pacífica

Digo que el baile anunciado á bordo del *Proserpina*, tras de una temporada invernal tediosa por todo extremo, vino como arribada del Mesías para los acalpuquenses. ¡Oh, las ilusiones femeniles, las miradas y las sonrisas ante el espejo! ¡O!, las *toilettes*

maravillosas y las modistas ofuscadas y rendidas! ¡Oh, los augurios en el casino y los smoking puestos al sol para borrar arrugas y olores insecticidas!

Y llegó la noche tan ansiada. Por la rampa del embarcadero, tapizada entonces por una alfombra casi suntuosa—regalo de un almacenista munífico—fueron descendiendo con alegrías de píjaro damas y damitas, galanes y galancetes, y colocándose en los botes preparados allí para cargar con tan donosa comitiva, y una vez embarcada transportarla á través de las aguas dormidas del puerto hasta el costado del buque guerrero que se vislumbraba allá en la sombra como un céfeco inmenso de ojos relucientes, que no otra cosa semejaban los dos fanales proyectados desde el *Proserpina* para iluminar la marcha de los botes.

Y según llegaban á su destino, los pasajeros ascendían por la *escalera real* de calados peldaños y dura pendiente. Y una vez sobre cubierta, los saludos, las presentaciones y la admiración de los invitados al ver qué bien se arreglan estos señores marinos para organizar tales fiestas, y cómo saben, cuando viene á cuento, transformar una formidable máquina de guerra en muelle y espléndido salón de fiestas, palenque de galanteos y plantel de madrigales. Luces, flores, tapices y banderas, *lunch* espléndido y alegría espléndida también. Pasada esta ofuscación, *ellas* y *ellos* comenzaron á examinarse mutuamente para observar con alegría ó con envidia si su indumento su paraba al del vecino, y entonces notaron con extrañeza la falta de la elegante de Acalpuca. Era ésta doña Elisa Owar, una espléndida escocesa, casada con el director de las obras del puerto.

Su «esprit» y su elegancia suprema eran indiscutibles; ella, en un viaje anual por Europa, traía en sus *toilettes* el encanto parisino y las modas recientes del Boulevard.

Era el Petronio femenino entre las acalpuquenses; sus sombreros y sus ademanos eran servilmente copiados. Era la única, la insuperable, la divina. Por eso no os la cité antes al describiros la sociedad de Acalpuca. Elisa Owar no podía confundirse entre los demás ciudadanos mediocres.

Pues bien; cuando después de una hora de comenzada la fiesta, alguien atalayó desde la borda del *Proserpina* un bote portador de la deidad, que al fin se dignaba acudir á la *soirée* marítima, produjo su aparición



Elisa.—Lo que más me gusta de tu libro, es ese pasaje en que ella toca el piano y él la viola.

tanto revuelo y tales comentarios, que mil haya para el rubio Lohengrin que no logró emocionarse tanto á su arribada, pese á su cisne blanco y á su casco argentino.

¿Cómo vendría? ¿Qué nueva *toilette* maravillosa ceñía su cuerpo de diosa? ¿Mucho escote? ¿Falda *rapada*? ¿Encajes en el pecho? ¿Lentejuelas acaso?...

Un joven guarda marina esperaba en el primer peldaño de la escalera para ayudar á la rubia espléndida á salir del bote.

Más fué inútil su galantería, puesto que Elisa Owar, apenas se halló lo bastante próxima, de un agíl salto, y sin ayuda de nadie, embocó la escalera, y luego, regazando las faldas gentilmente, trepó por los estrechos peldaños con planta segura.

Quedóse confuso y con la mano extendi-

da el que la aguardaba para auxiliarla al ver lo innecesario de su oficiosidad; pero hete aquí que al levantar la vista en pos de la desdenosa, dió por bien empleado el desdén.

Todos cuantos hayáis visitado un barco recordaréis que las escaleras para subir á él desde los botes son casi verticales, y tienen los peldaños calados, sin duda para que tengan menor peso. Imaginad, pues, qué maravillas han de descubrirse si estamos coloca-

avezado á ascensiones mucho más difíciles.

Pero, ¡ay!, pensad también que en este bajo mundo, á toda satisfacción y regocijo, sigue totalmente una catástrofe ó una pena.

Elisa Owar notó la indiscreta mirada que inquiría sus encantos más íntimos, y enojóse de tamaño felonía. Y más tarde, en medio de la fiesta, llamó aparte al capitán del *Proserpina*, y contóle desolada y ruborosa el lance, pidiendo un ejemplar castigo para el culpable.

—Ésto es una incorrección, ¿verdad, capitán? Es preciso que usted castigue al insolente; ¡pero ha de ser de modo que nadie pueda imaginarse cuál fué su delito, pues entonces yo quedaría en un ridículo espantoso..

—Yo la prometo cumplir su deseo.

—¿Y nadie sabrá la causa?

—Nadie; arrestaré al guarda marina por haber contravenido el artículo 322 de nuestro código.

—Gracias, capitán.

Terminada la fiesta entre alegría, la gentil Elisa Owar regresó á su casa, disgustada en su pudor y excitada en su curiosidad por el deseo de conocer el texto de aquel artículo 322 que iba á servir de sentencia al marino indiscreto.

¶ Apenas llegada á su gabinete, arrojó su abrigo, y entrando en el despacho de su esposo, cogió de sobre la mesa el Código de la Marina italiana, y leyó:

Art. 322. *Todo individuo de la tripulación que, observando una roja abertura ú otra vía de agua y no siéndole posible cerrarla en el instante por sí mismo, no dé aviso inmediatamente al resto de la dotación para que le presten ayuda, sufrirá la pena correspondiente á las que se refieren á falta de celo é inteligencia en el desempeño de su cargo.*

Enrique Reoyo.

EL PAN DE CADA DÍA...

Viendo la pomposa higuera que un sordo en la huerta tiene,
—¡Qué hermosos higos! ¡Qué abiertos!...
prorrumpían unas mujeres.

Mas éi, que los buenos días presume que darle deben,
jovialmente les responde:
—¡Así los tengan ustedes!

Luis Ossa.



—Tú, lo que eres es un embustero. A la Patro la habrás colao esa bola, pero á mí no me la cueles tan fácilmente.

dos en el prldño que toca en el agua, y una dama estatuaría remonta la escalera, recogiendo desenfadadamente una falda de esas bajo las cuales no consiente la tiranía de la moda enaguas ú otras antiguallas que abultan y quitan *chic* á la figura.

Pensad esto, y no ha de extrañaros, que el guarda marina de marras quedase absorto en una deleitosa contemplación, y cuando desapareció el motivo de ella, cubiere los peldaños dando trapiés indignos de un marino

LA MORAL DE UNA GORRA DE DORMIR



A señorita «Preciosilla» duerme con gorra. Con una gorra de batista transparente, que tiene unos encajes sutiles y unos lazos de seda. Los encajes y las cintas de seda son cosas de una envenenadora voluptuosidad, y sin embargo, decorando una gorra de dormir pierden su prestigio de pecado.

La gorra de dormir de la señorita «Preciosilla» es una cosa absurda, que evoca vidas rancias y frío sobre las pasiones. Frutos de los cincuenta años. La gorra de dormir sirve para ocultar unos cabellos blancos y una cabeza poco frondosa. Y la señorita «Preciosilla» tiene los cabellos negros y abundantes.



Entre las sábanas amplias, de anchos embozos con bordados ingleses, bajo un edredón blando y ligero como las plumas de sus entrañas, apoyada la cabeza en almohadones que parecen hechos para el desmayo de las sienes en el abandono de la voluntad, la señorita «Preciosilla» da la sensación de un gusano de seda en su capullo refulgente. Y es su capullo la cama. Esta cama que es solemne y tiene misterios y artificios. Porque la cama de una mujer galante no es el descanso. Es un aspecto.

Todas las mañanas el gusano de seda sale del capullo y vuela. — Mariposa.



La gorra de la señorita «Preciosilla» es la honestidad. La gorra de la señorita «Preciosilla» viste todo el desnudo de su cuerpo. Con la cabeza libre, sueltas las crenchas de su pelo negro, como para hundir los dedos en los rizos desmayados, la señorita «Preciosilla» sería la tentación. Y la gorra de batista que cubre la cabeza, ata las manos que ha-

brían de acariciar los rizos negros, porque quita ocasiones.

Esta gentil gorra de batista es como el hábito de Nuestra Señora la Moral—una vieja que padece de reuma—y aleja más allá del deseo el aroma de juventud de una cabeza desnuda y lánguida y en desorden. Es tan odiosa la gorra de batista como un sombrero hongo ó un reloj de pulsera ó unas flores de papel. Porque es el orden y el método.



La señorita «Preciosilla» ha puesto su pudor en una gorra de dormir. Es caritativa.



LA «PRECIOSILLA» DESPUES DE TRABAJAR

(Fot. Enríquez.)

Los fuegos que encienden sus ojos, los temple el gorro de batista. En la cama, la señorita «Preciosilla» y sin gorra de dormir, sería una provocación demasiado fuerte. Sofrón con el gorro puede evitarse una violencia amorosa.

Su cabeza desnuda será como el capítulo primero de la novela de una noche.

¡Oh, la moral y la filosofía de esta cofia blanca, con lazos y encajes!

Ceferino R. Avecilla.

LA GALLINA VIEJA



CUANDO un hombre no se consuela es porque no quiere. Sin contar con que hay ocasiones en que debe dar uno gracias al Acaso precisamente por haberle deparado todo lo contrario de lo que buscaba.

Los que se han caído del tranvía y al caer se han ido á dar de bruces contra un bonito

suerte el premio gordo, ó, por lo menos, un premio entrado en carnes; los que creyendo ver en una bella desconocida el prototipo de la inocencia se han encontrado luego con una verdadera maestra del amor, que les ha proporcionado goces y alegrías refinadísimas é incompatibles con la ignorancia, reverso de la supradicha inocencia; todos esos y otros varios que no quiero citar, podrán facilitarlos argumentos en pro de anteriores afirmaciones: cuando un hombre no se consuela es porque no quiere, y la mayor parte de las veces ocurre que le sobran motivos para consolarse.



—¡No me harás lo que el otro día, que después de prometérmelo, no estaba la puerta abierta!

—¡Si la cerró por dentro el señorito Pepe!

recibo de cincuenta pesetas, pagaderas al portador; los que han estado dudando si saldrían ó no de casa y al salir se han encontrado con una buena noticia; los que se han jugado á la lóteria las últimas tres pesetas que tenían para toda su vida y les ha tocado en

Un amigo mío, aficionado á las excursiones campestres, salió hace pocos días de Madrid, con un primo suyo, dispuesto á darse un paseo higiénico hasta Valladolid.

Nada desagradable les ocurrió durante los primeros días de excursión, y probablemente hubiera llegado al fin de ella sin incidente alguno que alterase, animase y alegrase la monotonía del paseo si la Casualidad, madre fecunda de toda clase de sucesidos inesperados y algunas veces felices, no les deparase, mejor dicho, no le deparase á mi amigo una pequeña aventura amorosa.

Una tarde llegaron á cierto pueblecito de los que ahora comienza á dominar políticamente—y dominó antes amorosamente—mi amigo y correligionario Luis Salado.

Sus habitantes les recibieron afablemente y el alcalde dispuso que se alojaran en casa de una hermana suya, señora cuarentona, que tenía una hija de dieciocho años toda hermosura y candor.

Su boquita fresca y carnosa, sus ojos zalameros, impregnados de dulce melancolía, su busto lleno y firme, su fina cintura, y sus caderas amplias, sin llegar á la amplitud de la mujer iniciada en los misterios del amor, llamaron la atención de mi amigo apenas tuvo ocasión de ponerse al habla con aquel portento, y le inspiraron, como es natural, la saludable idea de conquistarla, aunque para ello fuese preciso desistir del paseo higiénico hasta Valladolid y dedicarse á otros ejercicios no menos higiénicos.

Juanita se quedó muy turbada al oír las primeras palabras del viajero, y como la turbación la privara del uso de la voz y la im-

posibilitara para toda resistencia pudorosa, dejöse abrazar y besar en la frente, limitándose á sonreír y á estremecerse con una adorable voluptuosidad que dejó encantado al excursionista.

No hubo más por el momento; pero aquella noche, apenas quedó en reposo el caserón y supuso mi amigo que dormían todos sus habitantes, ó cuando menos los que eran necesarios que durmiesen, salió de su alcoba y echóse á bucar por los pasillos el dormitorio de Juanita.

Un tufillo femenino, de procedencia indudable, le atrajo á cierta puerta mal cerrada; la obscuridad le protegía; el calor de un lecho cercano le guiaba con la seguridad de un faro... Se acercó. Unos brazos cálidos y nerviosos rodeáronle el cuello con apasionado brío, y una boca se pegó á la suya ansiosa y delirante...

—¿Me amas?—le preguntó una voz suavísima.

—¡Te adoro!—contestó el mancebo repartiendo besos en aquel cuerpo que tan de improviso se le entregaba, tembloroso de rubor y de se-o.

La noche transcurrió como no es difícil suponer á cualquier lector de LA HOJA DE PARRA, práctico ya en estos trances...

A la mañana siguiente cuando mi amigo se despertó entre los brazos de su amada, helóse de espanto al ver que no era Juanita la mujer que tales delicias le había proporcionado, sino su señora madre.

—Todo lo comprendo—habló la cuarentona, que era hermosísima... — Pero, vamos á ver, ¿te arrepientes de haberme amado?

A lo que mi amigo respondió:

—No sólo no me arrepiento, sino que doy gracias á la Providencia por esta equivocación. Entre la inocencia y la experiencia, me quedo con tus cuarenta años arrebatadores!

El adagio tiene razón: la gallina vieja., etc.. etc.

Fernando Amado.

INOCENCIA

ACINTITA entró en la taberna del señor Pepe á comprír un jarro de vino.

—Anda—repuso el tabernero—, vete á la bodega con Juanico, que él te servirá del mejor Valdepeñas que hay en casa.

Y Jacinta y Juanico bajaron... El, ocupado en sus faenas cotidianas, jamás pensó con lasciva intención en el juncal palmito de la moza; pero ella sí gustaba de él, ¡y mucho!... y hasta había querido expresárselo algunas veces con los ojos.

Cuando ya estaban en la bodega, dijo la joven:

—¡Vamos, que el señor Pepe tiene unas ocurrencias!

—¿Por qué, mujer?



—Conque fui, y un pase en la derecha y otro en la izquierda y...

—¡Se la metiste total!..

—Sí; pero la escupió en seguida.

—Porque eso de dejarnos solos aquí, á los dos, no lo hace nadie.

—No entiendo—replicó el mancebo, que ya había fregado el jarro y se preparaba á llenarlo de vino.

—Pues es bien sencillo. Figúrate que tú, de pronto, tienes deseos de darme un beso.



Ella.—¡Lástima de vien'ol! ¡Hoy que traigo pantalones!

—No, tonta... ¡qué disparate! Yo nunca me atrevería á tanto.

—Bueno, ya lo sé; pero, supongamos que te atreves.

—Eso no puede ser.

—¡Pero supónlo, ea! Y déjame concluir.

—Vaya, supongámoslo.

—Pues, al darme el beso... yo tendría que quedarme con él.

—Naturalmente.

—Y como un beso pide otro y otro... y de los besos se pasa á los abrazos, y de éstos...

—Pero tú no te dejarías...

—Claro que me defendería... mas como soy débil y tú eres tan fuerte...

Juan concluyó de llenar de vino el jarro, y exclamó:

—En fin, no te atormentes imaginando tonterías.

—No, no son pamplinas—replicó ella amostazada—, puesto que todo cuanto digo cabe en lo posible.

¡E!—¡Es verdad!...

—Conque, ahora comprenderás cómo estoy á merced tuya y cómo tu padre hizo una tontería dejándonos solos.

—Sin embargo, aunque yo soy el más vigoroso, tú podrías gritar y no faltaría quien acudiese en auxilio tuyo.

—Sí, tal vez... ¡Pero como no iba á hacer que te regañaran!

Clemente de Castro.

SUCEDIDOS...

—Dime, ¿quién es aquella que va con el barón?

—Una que acaba de lanzarse. Es muy mona, ¿verdad?

—Sí; pero, ¡tan chiquitita!... ¡Tan menudita!

—Como que parece hecha con un cuentagotas.

CANTARES

Si yo me volviera loco,
te mataba la primera
porque no fueras de otro.

❖
Pienso que de tus tristezas
mis frases tienen la culpa...
Saben mal las medicinas
pero, sin embargo, curan.

❖
Dame un beso, dame un beso
y aluego dame si quieres
diez puñalás en el pecho.

Fernando Mora.



—¡Qué desgraciada soy! ¡Enfadarse porque mi primo me echó un requiebro en la calle!

—No, riquita; si es porque no habla la gente. Que venga á casa y que te eche los que quiera.

LA VERDAD DESNUDA

O que quieres celebrar conmigo es una interviú, ¿no es verdad?

—Algo de eso, señorita. Hace seis meses que con una frecuencia grandísima vengo á verla, y en mi calidad de modista tengo fácil acceso hasta su alcoba...

—No creas que ese acceso es tan difícil para las demás.

—Siempre la encuentro en la cama...

—La misión de una... artista no es otra: ó las tablas, donde sale una demasiado al natural y pasando un frío espantoso, porque las candilijas no calientan aunque quemén las miradas del público, ó el colchon de plumas donde puede una abrigarse á su sabor y arrebujarse con mantas y edredones.

—Y siempre también la encuentro á usted comiendo.

—Esto te demostrará que las cenas de última hora aprovechan poco.

—Pues bien; yo quiero abrirle á usted mi

pecho y decirle todo lo que vengo pensando de algún tiempo á esta parte.

—Rompe á hablar. ¿Quieres una pasta y una copa de Jerez para ser más elocuente?

—No, señorita, gracias.

—Soy toda oídos, mientras destrozo este pollo. ¡Cómo me gusta hacer esto!

—Pues bien; yo no he nacido para el taller.

—Eso mismo me dije yo hace cuatro años.

—A mí me entristece pensar que he de pasarme toda la vida trabajando allí y corriendo las calles con mi caja de cartón yendo á probar trajes espléndidos que jamás he de llevar yo puestos.

—Muy bien pensado.

—Y sin que esto sea hacerla á usted de menos, he creído que yo también podría realizar lo que usted: comer en la cama á las doce del día con la mayor comodidad.

—Quiere decir que te gusta el teatro.

—Sí, señora; muchísimo.

—¿Cantas?

—Lo suficiente para no desafinar.

—¿Tienes oído?

—Cuando le oí á la López Martínez el tango del *morrongo*, llegué á casa cantándolo



—¿Ha visto usted esa mujer? ¡Pretende ahora ser académica de la lengua!

—¡Toma, y yo que creía que lo que desea es dejar de serlo.

sin necesidad de que me lo enseñara el maestro.

—Y... ¿por dentro, qué tal?

—Yo creo que... ¡bien! ¡Bastante bien!

—Tú no ignoras que nuestra carrera tiene muchos puntos de contacto con la carrera militar.

—Ya sé que hay que ir ascendiendo y sujetarse al escalafón.

—Salvo las acciones de guerra, en cuyo caso se llega de golpe al generalato.

—Eso quiere decir que debo entrar de corista

—¡Naturalmente! Yo puedo recomendarte en cualquier teatro. Tengo autores que te darían papelitos, empresarios que no te negarían un adelanto para vestir bien... Lo demás corre de tu cuenta.

—Ya, ya lo sé. Mi pretensión es llegar á cobrar un sueldo de cinco duros.

—¡Poca cosal

—Pues sólo con eso me conformo. Tengo á mi madre enferma, y trabajando... y además, ¡oh, este es el secreto que únicamente á usted se lo confío, ya que me acoge tan cariñosamente!..

—¿Qué es ello?

—Estoy enamorada.

—¡Hola! ¿De quién?

—De un muchacho honradísimo: es cajista, me adora con toda su alma, y yo sólo sueño en que podamos casarnos y vivir bien.

—¡Ay, hija mía! Has equivocado el camino. Lo que es casándote no destrozarás pollos como yo tan ricamente... ¿Ves?

Y la encantadora tiple mordió con sus dienteitos menudos la pechuga que tenía entre sus dedos.

Julio Mata.

LA FIESTA DE LA PRIMAVERA



UNA iniciativa muy simpática de Ramón Gómez de la Serna llevó el martes á la Bombilla á unas cuantas muchachas guapas y á un centenar de artistas y escritores, que tras comer muy bien y reír y bailar mucho, acordaron celebrar todos los años «la fiesta de la Primavera».

Es imposible citar nombres porque se van á olvidar muchos. Estaban Amalia Molina, la gitana sin par; la *Safo*, amena más que nadie; la *Bella Hebrea*, gentilísima artista, nueva como tal, y otras varias...

De ellos Eduardo Zamacois, el primero, el «más verdad» y más grande de los escritores pasionales; Luis Gabaldón, el director de *Gedeón*, insustituible por la gracia de sus «golpes» en una fiesta de estas; Romero de Torres (Enrique y Julio), Eduardo Barrioberro, Chicharro, Tomasito Borrás, Bartolozzi, Ceferino R. AVECILLA, Pepe Canalejas, hijo, naturalmente; Bagarín, José Joaquín Rubio, Enrique, Eugenio Noel, Alcáide de Zafra, Viladrich, Echea, Gómez de la Serna (Ramón y Pepe), Lezama, González Blanco, Gómez-Hidalgo, Calleja y cien más.

Por iniciativa de AVECILLA, varios de «ellas» y «ellos» acordaron reunirse otra vez en el campo el primer día de Mayo, y que estas fiestas, «en que de todo debe haber», se celebren frecuentemente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

* REVISTA FESTIVA *

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ÁLVAREZ, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547.
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, kiosco EL SOL.